



# la tercera orilla IX



París está muerta.  
 Murió en su esplendido calabozo  
 De sobredosis intelectual,  
 Acostada sobre la fachada de sus cafés,  
 Con el cerebro frito en sueños  
 De libertinaje puro: Ajenjo, licor, marihuana, LSD,  
 Con el amor vuelto palabras,

Perdido en la repetición, en el eco  
 De un eterno decir y no ser:

*¡Mon amour, Mon cherie, l'amour!  
 ¡L'erde!*

Francia como siempre tan francesa:  
 Pintó la fachada y se dedicó a hablar francés.

Mas abajo: Etiopia,  
 Muerta de hambre, agonizante,  
 Vio nacer siglos antes  
 El fruto que Europa se robó,  
 Que vio comer con pan de mil a hispanos  
 Que en carabelas negras llegaron  
 Lanzando moronas a indios jetiarrugados  
 De un continente sin nombre llamado América.

Etiopia fue la verdadera historia y el ejemplo:  
 África musulmana,  
 Meca y Cairo,  
 Ejemplo para la inquisición.  
 Una prohibición anterior al robo

Que vio nacer en el Bunnu (Café)  
El acechante peligro al poder del siglo:

Narradores y Cuentacuentos: Azarosos apostadores de almas,  
Malavariantes de palabras conjugadas en trance de Bunnu.  
Pusieron precio a las palabras,  
Porque Las letras cuestan vida  
Cuando la sangre es más densa que la tinta.

Y prohibido quedó el bunnu,  
Prohibidas quedaron las letras  
La ignorancia decretó la cacería...

Al final, Tanta inspiración, dionisiaco pensamiento:  
Fue la muerte, la prohibición y punto.  
Leitmotiv de la modernidad  
¡Postmodernidad!  
¡Metamodernidad, transmodernidad!  
¡Toda la puta modernidad!

Al final, como siempre: La clandestinidad se volvió respuesta.  
Y Se hicieron recovecos subterráneos para vivir tantas historias.  
Para Hablar de lo no hablado: Pedir explicaciones al silencio  
Y Deber de lo indebido: Fumarse la muerte en un cigarro.  
Y Beber lo prohibido: Tomarse la vida con un Bunnu.

Y no pensar en:  
Tanta jaula para tan poco pájaro.  
Tan poca sobra para tanto perro.  
Tantos sueños de Fulanos y Enésimos  
Que en fuego vivo vieron quemar sus ladridos canturreos,  
Llamando al sueño en el silencio,  
Matando el pensamiento en la palabra,  
Para que su tormentuosa alma  
No cobrara cuentas a la vida,  
Por encerrar la realidad  
En una pared con cuatro puertas,  
una silla y cinco mesas,  
Un café endulzado con porcelana rota  
Donde se vierten calientes  
Los recuerdos de los olvidados,  
Deudas de los vivos a los muertos.

Y así, entre Bunnu y Bunnu,  
El mundo real decidió ser  
Como siempre fue y siempre ha sido:  
Clandestino y marginal,

Al margen, Al borde,

Un recoveco penumbroso.  
 Un rinconcito de oscuridad  
 Donde flotan las vidas como ideas,  
 Entre aroma a Bunu y pan con mermelada.

Donde,  
 Se hacen arrojados los enésimos de aquí  
 Y los enésimos de allá,  
 Recordando las cuerdas  
 De otros cuerdos que fueron y no están.  
 Fulanos que creen ser  
 Y citando otros fulanos  
 Llamam suyo lo que nunca fue.

Como el Juan Enésimo que se sienta,  
 Que pretende y cuenta,  
 Vacíos juicios  
 Sobre lo que busca y no encuentra.

Igual al Fulano que llega,  
 El mismo Fulano que se va,  
 Que vuelve al otro día,  
 Y hablando en verso y rima  
 Se hace llamar Ulises.

El otro Enésimo Fulano que se esconde  
 Y en viejo tabaco se incendia,  
 Y buscando, sueña soñar un sueño:  
 La historia de la vigilia  
 Robada a los vivos por los muertos.

Como la Juana Enésima que los mira  
 Soñando ser vista en muda apariencia.  
 Y la otra Juana,  
 Propia Fulana que no es enésima.

Y la otra que no es otra sino una (La única),  
 La autónoma que mató  
 Al autómeta mayor,  
 Hombre-Dios-Perro,  
 Pendejo que toma café y ríe amarillento.  
 Fulana que decidió ser persona antes que mujer.

Y unos a otros se juntan  
 Los fulanos y enésimos  
 Con eso que no recuerdan y aun así llaman pasado,  
 En cafés, Buscando el éxtasis del Bunu,  
 Perdido hace siglos en tierras etíopes  
 Bajo el manto sangriento del prohibido pensamiento.

La muerte estética hecha por el intelecto:  
Esa cosa ajena llamada historia,  
Pertenece al mundo que no vive y recuerda.

Y En la actualidad ultramoderna  
El mundo se volvió una excusa,  
Y los muertos se hicieron lapida en sus sillas,  
Donde disfrazados convulsionan  
En manojos de ademán y embeleco,  
Y los cafés se volvieron tumbas

Para vivir vidas ajenas,  
Y Ninguno de los que ahí se sienta hace,  
Solo se hacen los que cuentan.  
Y hace falta aprender a ser nadie para estar vivo,  
Y tener nombre para estar muerto.

En esta vida,  
Esta gran silla vacía:  
En ella parece que hay,  
Pero ojalá persona hubiera,  
Aquí solo está lo que yo nombre  
Porque de nombres esta lleno el mundo.  
Yo sentado en esta silla  
Quiero ponerle nombre a todo  
Para no sentir la nada,  
Llenar con letras el vacío  
Y quizá nombrarme un alma  
O venderla a precio de bolsillo,  
Llamar yo a mi reflejo  
Y recordar mi nombre en un descuido,  
Pero todo esto me lo invento  
Porque no tengo remedio,  
Soy humano y temo al olvido.  
Y en esta silla cualquiera se para de cabeza,  
Ninguno de los que aquí se sienta hace,  
Solo se hacen los que cuentan.  
Y hace falta aprender a ser nadie para estar vivo,  
Tener nombre para estar muerto  
Y Memoria para el olvido.

Juan Enésimo  
15/09/2012

